

FÁBULAS

DE

CAMPOAMOR.



MADRID: 1842

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

Calle del Sordo número 11.

FÁBULAS.

FÁBULAS

ORIJINALES,

POR

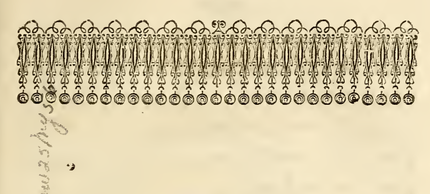
D. Ramon de Campoamor.



MADRID, 1842.

Establecimiento tipográfico,

CALLE DEL SORDO, NUMERO 11.



FÁBULA I.

No hay gloria sin pena.

LOS JÓVENES Y LA OFRENDA.

En un verjel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraidos,
aquí y allí perdidos.

Cual á otro, de un arranque,
zambulle en un estanque;
y cual á su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos, esculturas
son hórridas figuras;
y asi, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
me dejan al Dios Baco;
y ya á Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por mas que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que como un charro,
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,

esto á todos pregona:
—«Aunque envidias provoque,
del que el estremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.»
—« ¡Arriba!»—gritan todos,
corriendo de mil modos;
y en trances infelices,
los ojos, y narices,
ya ven de dia estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el mas bajo al otro
le monta como á un potro:
hasta que uno elevado,
que mas que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama;
y ¡*chasc!*... rota la rama,

cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amen de algun rasguño,
un chichon como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando sú agravio,
aspira en su delirio:
antes la del martirio,
despues la de la gloria.



FABULA II.

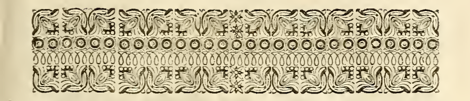
El método.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

Viò Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso á un tiempo cojer.

—«Deja, buen Gil, de correr,
pues no cojerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
á un tiempo vas con ahinco,
si para cojer los *cinco*,
tienes que empezar por *uno*?»





FÁBULA III.

Caprichos del hado.

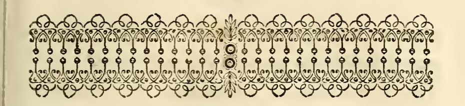
EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
viendo dos troncos, entre sí decía:
—«De este zoquete vil, lleno de lodo,
un san Roque he de hacer con perro y todo;

y este, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera.»—

Asi el hado cruel, que engaña á tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos á los santos,
y en santos la madera de los templos.





FÁBULA IV.

Deseos locos.

EL PASTOR Y EL NAVIO.

Del mar en la ribera
quejábase un pastor de esta manera:
«¡Oh qué sordas que tiene á mis congojas
el cielo las orejas,

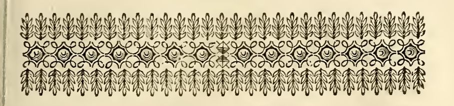
pues no me saca de zagal de ovejas,
pati-tuertas las mas, y algunas cojas!
¡Quién me diera, alhagando mi albedrio,
dirijir por ejemplo aquel navio,
y á la playa arribar del indio ó moro,
para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces á señoras y señores,
pese á cuantas ovejas y pastores
rumiaron yerbas, ó mascaron migas!
Mas ¡ay! la suerte fiera
me arrastra, sea invierno, sea verano,
desde el monte al redil, y de este al llano;
y aunque oirlas no quiera,
me hace escuchar las simples avecillas,
que por mas maravillas
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan.—»
Asi el pastor decia,
cuando el bajel ya apenas se veia;
y su intenso dolor llegaba á tanto,

que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, segun asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro dia su manada entera
condujo, como siempre, á la ribera,
y del mar acercándose á la orilla,
vió aqui y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
halló al fin gavias, y despues mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos,
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navio,
y viendo fin tan triste,
«¡qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme, dijo, el albedrio!»—
Y sin ver qué á los muertos hacia agravios,
una sonrisa se asomó á sus labios;
y escuchando las simples avecillas,
que hacian, segun dijo, maravillas,

tradujo de sus plácidos gorjeos :

Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando , tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas :
cada muerta esperanza, brota llantos :
cada llanto vertido, enjendra risas,





FÁBULA V.

Amar por las apariencias.

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

Nació una enredadera
al pié de un alcornoque descarnado:
vistióle de manera,
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blason del prado.

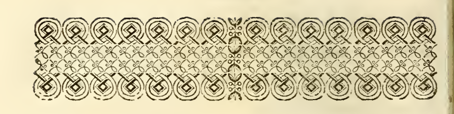
Como propios primores,
lucia el corcho vil ajenas galas;
siendo con tantas flores
envidia de pastores,
y blanco del amor de las zagalas.

—¡Oh qué árbol tan florido,
decian, qué jentil, qué primoroso!—
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcornoque el viento,
al que el ídolo fué de las pastoras.

¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galan bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque!





FÁBULA VI.

Lecciones amargas.

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO.

Bramaba el viento agitado,
cuando subian á un cerro
un padre, á su hijo apoyado,
y detras de ambos un perro.

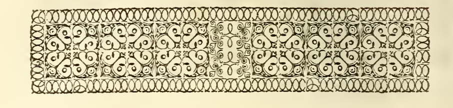
Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y—«marcha, al jóven le dijo;
no encuentres cual yo la muerte.»
—«Pues adios»—contestó el hijo;
y huyó, temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que mas fiel el alano,
quedó á morir con su dueño.







FÁBULA VII.

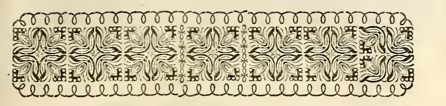
Insuficiencia de las leyes.

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno :
Ninguno cate el vino.

Con júbilo el mas loco
aplaudióse la ley, por costar poco:
acatarla despues, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba solo el tinto;
y del modo mas franco
se achisparon despues con vino blanco.
Estrañando que el pueblo no la entienda,
el senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino*,
añadió *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡ mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.
Corrido ya el senado,
en la segunda enmienda, de contado,
Ninguno cate el vino,
sea blanco sea tinto, les previno;
y el pueblo por salir del nuevo atranco,

con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasion de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.
Tercera vez burlado,
—«No es eso, no señor,» dijo el senado;
«ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
se prohibe mezclar vino con vino.»—
¡Mas cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creereis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
«*La ley es red, en la que siempre se halla*
descompuesta una malla,
por donde el ruin que en su razon no fia,
se evade suspicaz».... ¡Qué bien decia!
Y en lo demas colijo
que debiera decir, si no lo dijo:
Jamas la ley enfrena
al que á su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.



FÁBULA VIII.

Virtud y orgullo.

La encina y el rosal.

—«¡Mezquina es tu existencia,»
á un humilde rosal dijo una encina,
«pues arrastras al par de mi opulencia
«tu existencia mezquina!»—

De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron á cojer unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina;
y entonces me presumo
que mirando en la hoguera arder la encina,
esclamó al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto;
que el dia de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal vez sirvas de incienso á su holocausto.





FÁBULA IX.

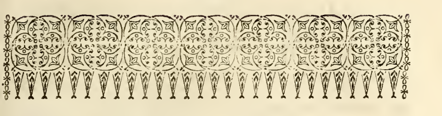
La justicia, en un cuento,

El viejo y el mendigo.

Rodeado el tio Blas de jente,
dijo: —« Vaya un cuento ahora»—
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:

—« Aunque *pobre*, el juez prudente
le hizo justicia al momento.»—
Y un *pobre*, que oia atento,
dijo al tio Blas con malicia:
—«¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento*.»





FÁBULA X.

El falso heroismo.

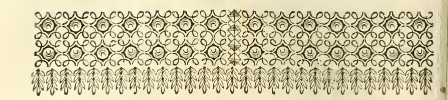
EL VETERANO Y EL PASTOR.

Volviendo hácia su tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó nada felices
un pié de palo y varias cicatrices,

á un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
—«¿Cómo entre tanto arbusto
se vé con hojas esta encina sola?»—
El pastor contestó:—« Salió de madre
aquel cercano rio;
y estos arbustos deshojando impio,
perdonó solo á esa jigante encina,
que llaman desde entonces la *heroina.*»—
—«Pues mire usted, compadre,»
replicó el veterano,
«es mas digna de encomio la desgracia
de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)

las siguientes palabras:
voy á asaltar el muro;
en verdad le aseguro,
como es usted lacayo de esas cabras,
que solo en lance tal sufrió la mecha
el pobre Juan Fernandez en la brecha.
¿Y que sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el gefe? nada menos que la faja.
Y asi porque esta encina
desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
de tanto pobre arbusto con desprecio,
á honrarse con el nombre de *heroina*,
ó voto á Dios le rompo la cabeza,
ó me entalla usted esto en su corteza:

Por que nació mas alta, es mas felice;
y porque es mas felice, es la HEROINA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernandez lo dice.



FÁBULA XI.

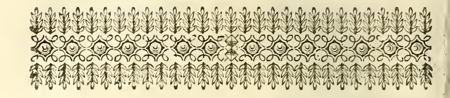
La igualdad.

LA COL Y LA ROSA.

Una col en un cercado
probaba á una rosa bella
que era tan buena como ella ,
y aun de una tierra mejor.

—«Mas aunque de cuna iguales,»
dijo un pepino «¡ mastuerza !
¿dejarás tú de ser *berza*,
mientras que ella es una *flor*?»





FÁBULA XII.

No hay mal como un falso amigo.

El jilguero y el reclamo.

De pájaros un bando
al asomar el dia
iban el aire blando
pi pi, *pi pi*, cruzando
en dulce compañia.

Mudaron el intento,
oyendo que un reclamo
pi pi , *pi pi* , á su acento
les respondió contento
cabe un pulido ramo.

Y en jiros desiguales
cercándole en gran copia
para llorar sus males ,
como la accion mas propia
de amigos tan leales,

Posándose un jilguero,
cayó en la liga impia
que armada le tenia
un cazador artero,
que cerca lo veia.

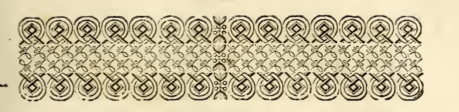
Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice ;
y en tanto el triste preso

con inútil esceso
luchando en vano, dice:

—«¡Nada, ay de mi, consigo,
pues en tan fiera lucha
mas cada vez me enligo!

¡Triste de aquel que escucha
la voz de un falso amigo!»





FÁBULA XIII

La carambola.

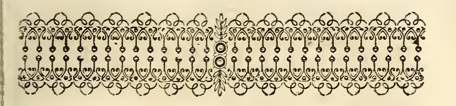
EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detras del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz, y derribó al muchacho.

Es el mundo, á mi ver, una cadena,
dó rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena,
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.





FÁBULA XIV.

Escusas necias.

El Cuervo y el Reptil.

Hácia el nido de un cuervo
sube un reptil protervo,
que de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,
creyendo al cuervo ausente, oyó:-¿Quién vive?

—«Perdone usted; no es nada,»
dijo con voz turbada;
«el hallarme soñando
mi indiscrecion abone,
pues llegué aquí rodando;
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.»

—«¡Hola, traidor vecino!»
dijo el cuervo ladino;
»¿cuando el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas hácia arriba?
Pues á ver como ruedas hácia abajo.»—

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,
por mas que ya difunto
el reptil lo rehusa;
y *¡plaf!* reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia escusa!



FÁBULA XV.

La dicha es un acaso.

LOS CIEN CUERDOS Y EL BOBO.

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos por acaso,
(y aqui diré de paso
que hay á veces mil bobos por un cuerdo),

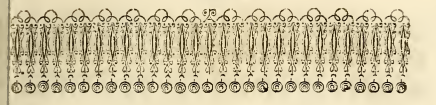
miraban el espléndido palacio
dó la fortuna desigual moraba,
tan rico, que á sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.
La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane á mudarse á todas horas,
se la antojó salir en aquel dia
á hacer á uno infeliz: ¡quién lo diria!
Al verla los cien cuerdos,
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna
«¡La Fortuna!»-prorrumpen «¡La fortuna!»
y arrancan en pos de ella,
mientras que presurosa,
si bien como ellas bella,
como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que huia,
como mujer tambien les sonreia.
Al verla el bobo huir con tal esceso,

-«Vaya con Dios»-la dijo el muy comueso;
y en celestial arrobo,
dándosele una higa
porque alguno la siga ó no la siga,
á dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente;
pero con tal ahinco,
que alguno por correr, dió un falso brinco,
y se aplastó la frente.
Otros perdieron solo el sufrimiento;
y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
la señora Fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra,
determinó volverse á su morada.
Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso
el linde á trasponer de la ancha puerta,
tropieza con el bobo, y le despierta.

—«¡Caiste en el garlito!»—
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entró: ¡Bobo maldito!

No llames, Fabio, tonto,
al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr mas, no llegarás mas pronto.
pregúntaselo al bobo de la historia.





FÁBULA XVI.

La cuna y la huesa.

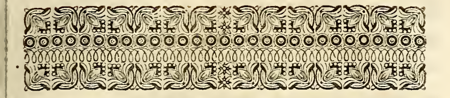
EL VIAJERO Y EL AVE MORIBUNDA.

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando;
y vió un ave que rendida
al pié de un árbol piando,
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al àrbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer jemido
hácia la flexible rama
dó aun columpiaba su nido,

—«Hé aqui,» dijo en su sorpresa,
«la imágen de la fortuna;
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la *huesa*
al mismo pié de la *cuna*.»

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento;
—«Cuánto las separa?—¡*un paso*!
¿Y qué media entre ambas?—¡*viento*!»



FÁBULA XVII.

Ganar el flanco á la suerte.

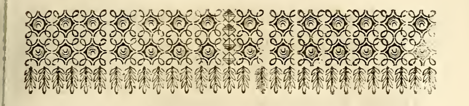
EL PILOTO Y SU APRENDIZ.

—«¿De qué modo tan vario,»
un aprendiz á un náutico decia,
«sigue usted siempre la trazada via,
ya sea el viento próspero, ó contrario?»—

Entonces el piloto le contesta
mientras que el otro copia la respuesta:
—«Si ves que por la popa arrecia el viento,
sin torcer el timon, recto camina:
si es por la proa, gana el barlovento;
y si es por el babor, marcha en bolina.»—

Asi en el mar del mundo, el buen piloto,
no esponiendo el bajel á innobles tumbos,
por donde quiera que le acosa el noto,
gana puerto tambien, trocando rumbos.





FÁBULA XVIII.

El Diablo predicador.

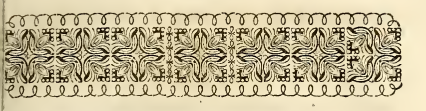
EL BEODO EN EL FESTIN.

Un beodo en una orjia,
—«Brindo porque el alto cielo
purgue de vicios el suelo»—
con voz de trueno decia.

—«¡Guerra al vicio!»— repetia,
y un vaso apurò hasta el poso.

Que en este mundo engañoso,
dando al labio torpe oficio,
hay quien habla mal del vicio
siendo él el primer vicioso.





FÁBULA XIX.

Un daño destruye otro.

EL DOGO Y LOS DOS LOBOS.

—«¡Ay!»—un dogo inocente
esclama triste, en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
—«No me coma, don Lobo, no me coma,

por que nunca á su raza la he debido
ni siquiera un ladrido ;
y es mas digno de garras tan atroces
cebarse en animales mas feroces.»—
El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice :
—«Muere pícaro aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
recuerdo sin embargo haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.»
—«Pues mi padre hizo mal»—clamó espirante;
y ya iba el lobo á devorarle fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,
que mirando hácia allí con vista impia,
pudiérase decir que le decia :
—«No le toques al pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta

que me quedó á deber su infame abuelo.»
—«¡Infame abuelo! sí,» pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto;
—«¿Y he de sufrir la muerte,
no solo por ser hijo,
mas tambien por ser nieto?
¡Oh ley mas que inhumana del mas fuerte!»—
Encarados el lobo con el lobo,
el segundo al primero:
—«Suelta, le dijo, bobo;
verás como en tan bajo marrullero
vengo tu agravio con rencor profundo,»—
—«Mil gracias» le contesta
el primero al segundo;
«yo solo en este impio
vengaré el honor mio».—
Y sin otra respuesta:
—«Es muy justo á mi ver» de nuevo dijo,
que el galardon de un padre herede un hijo.»
—«Pues alto ahí, compadre,»
el segundo prorrumpe en són de queja,

si asi hilas la madeja ,
es de mi continjente ,
pues me ha ultrajado el padre de su padre.»
—«Mi ofensa es mas reciente.»
—«La mia mas añeja.»
--«Pues no le matarás.»–«Ni tu tampoco»–
Y con intento loco
se enzarzaron , embate tras embate,
en tan igual como feroz combate ;
mientras que el triste dogo, muerto el perro,
se agacha humilde en tan atroz fracaso ,
sufriendo las pisadas que por yerro
le desuellan la piel , sin ser del caso :
hasta que viendo la refriega entrada ,
como quien no hace nada,
sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente ,
taimado se escurrió bonitamente.

¡Cuantas veces por ruines ,
con encontrados fines ,
traban lid importuna

dos enemigos fuertes,
y no les dan ninguna,
por querer con afan darles dos muertes!





FÁBULA XX.

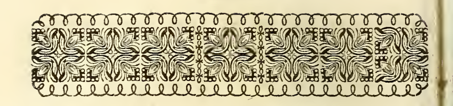
Placeres falsos.

El muchacho y la manzana.

Tiró Andres una piedra á una manzana,
y por dar á la fruta, dió al ambiente;
tiróle la segunda—¡empresa vana!
la tercera tiró—¡malditamente!

Tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,
que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.



FÁBULA XXI.

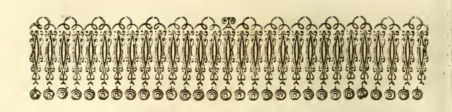
La curiosidad.

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO.

Para matar ratones
hizo Guzman algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenia
en un lugar, en el que escrito habia:

«Ninguno para cosa mala ó buena,
me llegue á esta alhacena.»
Su mujer Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida,
(porque segun la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia,
(señal que la arguía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,
encontró el soliman. ¡Qué imprecaciones!
—«¡Un veneno!»—frenética decia.
—«¡Un veneno!! ¡un veneno!!!»—repetia;
y con verle y tocarle aun no contenta,
llega, lo huele, pruébalo y revienta.

Si lo ven por acaso;
atad á los curiosos corto el freno;
ó apurarán el vaso
aunque escribais sobre él:-aqui hay veneno.



FABULA XXII.

De dos males el mas visto.

El médico y el inválido.

Un inválido á un médico decia:
—«Si me corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir, al parecer de usia?»—
Y el médico dudando respondia:
—«Podrá ser por acaso, camarada.»—

—« La duda, replicó, no me hace al caso.
Mas si la corto, ¿sabe si de fijo
podré vivir, aunque no dé ni un paso?»—
Dudando siempre el médico le dijo:
—« Podrá ser camarada, por acaso.»—

—« Pues si al cortarla ataco la ecsistencia,
y el no cortarla es un dudoso medio,
á la cura, prefiero la dolencia.»—

Yo tambien prefiriera en mi conciencia,
morir antes del mal, que del remedio.





FÁBULA XXIII.

La vida y la muerte.

EL PADRE Y SUS HIJOS.

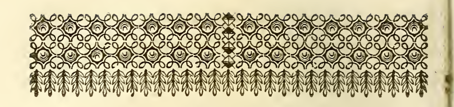
Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana esclamó con desprecio:
—«¿Por qué rezas?»— Y él al punto,
—«Rezo, dijo, á ese difunto.»
—«Si es que ha nacido uno, necio.»—

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando á la retrechera,
con voz solemne la dijo:

—«¡*No es rara equivocacion,*
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo son!»





FÁBULA XXIV.

Nunca una moral nos cuadra.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

Fastidiaba á una noble concurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo á admirar iban la ciencia,
si alguna fabulilla recitaba.

--« Ven acá, dijo, niño»--
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
con mucha mas pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera.
--« La Oveja y el Cordero. Cierto dia
la oveja con el tono que ella sabe,
daba á su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, ó no aprendia.
¿Leccion, direis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene y vá cual suelta cabra,
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra...»--
Truncó Adolfo la historia de repente,
cual cayendo en estúpida modorra;
y es que viendo de dulces una fuente,
de su memoria en mengua,
dura como el turron quedó su mente,
y en agua vuelta la movible lengua.

--« Sigue, niño, la madre le decia.»--
—*Era tan porra ....* el niño repetia;
la madre con sus guiños le hostigaba;
y — *tan porra ....* el muchacho replicaba;
y con que si era *porra*, ó si no lo era,
llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
—« Aparta, que estás siendo, majadero,
mas torpe que el cordero de la historia. »--
Y ¡oh qué frajil memoria!
¡ no acordarse que ella era distraída
mas *porra* que la madre del cordero!

No hay accion mala ó buena,
que aplicacion no tenga, si es agena.
Mas siendo propio el caso,
jamas la aplicacion nos sale al paso.





FÁBULA XXV.

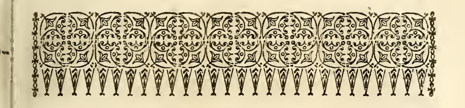
Los lindes del bien y el mal.

EL POETA Y SUS LECTORES.

Si escuchais esos míseros lamentos,
son del difunto rey los funerales;
y esos vivas que ruedan por los vientos,
del rey nuevo los cantos inmortales.

Mas direis entre penas y contentos :
--«¿Se cantan bienes , ó se lloran males?»--

Nadie el linde á marcar se atreveria
que separa el pesar y la alegria.



FÁBULA XXVI.

Delirios del amor.

La niña halagüeña.

Los que vuestro amoroso pensamiento
teneis por el *non plus*, oid un cuento.

A un enfermo una niña cierto dia
acariciaba con honesto modo,

y en la ilusion de su placer decia:
-«Mi rey, mi luz, mi sol, mi Dios, mi todo!»

Y para que veais de qué manera
el afecto su juicio turbaria,
el *rey*, el *sol* y el *Dios*, ¿sabeis quién era?
Un dogo que de ahitado se moria.





FÁBULA XXVII.

Hacer sonar á tiempo.

El concierto de los animales.

Supuesto que respira,
se hace oir bien ó mal cualquier garganta;
y en esto no hay mentira,
pues mal ó bien, el que respira, canta.
Hablen sinó mil animales duchos
que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido,
no acompaña á los órganos vocales,
por lo que ha sucedido
queen la patria de dichos animales,
cada cual presumiéndose asaz diestro,
gritó:—« ¡Caiga el León: fuera el maestro!»—

Cayó la monarquía,
y en república el reino convirtieron.
—« Vaya una sinfonía
de nuestros triunfos en honor» , dijeron;
«cada uno cante cual le venga á mano:
ya no mas director: muera el tirano.»—

Comenzóse el concierto,
cá-cá-rá-cá gritando el polli-gallo;
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo
a-y-o, *a-y-o* siguió el pollino;
pi-pi-pi el colorin, *ufff* el cochino.
El *mis* y el *marramau*
cantó el gato montés, cual tigre bravo;

y con cierto *pau-pau*
le acompañaba el indolente pavo;
formando tan horrenda algarabia,
que ni el mismo Luzbel la aguantaria.

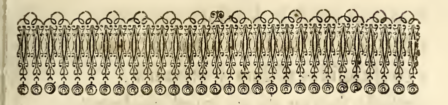
El Leon destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes:
—« Silencio» dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
«el rey va á dirijir : atras, canalla»—
y al verle cada cual, amorra y calla.

—«Vuelva á sonar la orquesta,»
siguió el tirano, de Neron trasunto;
«¡y ay de la pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto.
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo, ó cancion : vamos á ver : á una.»—

Y la orquesta empezando
pi-pi, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau,

siguió despues sonando
a-y-o, a-y-o, uffff–uffff, pau-pau.
Y tal sonó la música que alabó,
que el mundo gritó absorto: «¡Bravo ¡bravo!

Fue el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte;
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.



FÁBULA XXVIII.

Las dos lágrimas.

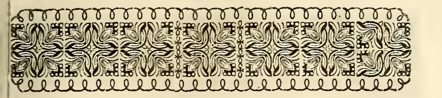
EL VIEJO Y EL NIÑO.

—«¡A Dios por siempre, hijo del alma mia!»
un triste anciano al espirar clamaba;
y el tierno infante que su sien besaba,
--«¡ á Dios, por siempre!»--el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,
y vertió la primera el niño en tanto;
y confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
del corazon brotó mas dolorida?
¿la del que el primer mal sintió en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?





FÁBULA XXIX.

Lisonjas viles.

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS.

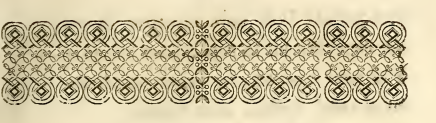
Mas tenaz cada dia
esto á un enfermo un médico decia:
—«Si bebe usted mas agua,
es indudable que su muerte fragua.»—
Sediento el otro en tanto,
le dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo
mas inepto que aquel, ó mas profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues señor, murió ahitado;
y al morirse, contento de su estado,
del que le daba vida
aun blasfemó, mientras que á su homicida
colmó de bendiciones.

¡Lo que vale alhagar á las pasiones!





FÁBULA XXXI.

Liviandad de nuestras glorias.

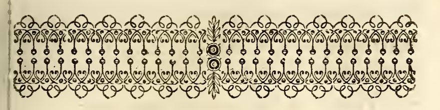
EL JOVEN Y EL RELOJ DE ARENA.

Viendo un reloj de arena,
paseábase Roman con faz serena.
— «Pasa luego», decia,
«hora cual nunca impía;

que pronto Inés con amoroso fuego
me esperará en la reja; pasa luego.»—
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;
y saliendo á la calle diligente,
llamó á la reja, pero inútilmente:
volvió á llamar de nuevo;
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!





FÁBULA XXXI.

La inocentada.

LA MADRE Y EL HIJO.

—«¡Ubbb!! »—en inocente fiesta
una madre con cariño
gritaba á un hermoso niño
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
—«Tonto, si tengo otra cara.»—

Y del candor á merced,
á cuantas despues hallaba,
el niño las preguntaba:
—«¿Cuántas caras tiene usted?»—

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño á asegurar

que todas suelen mudar
la cara con el vestido.





FÁBULA XXXII.

Oficios mútuos.

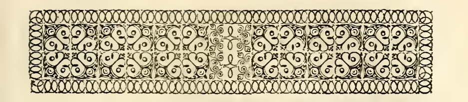
EL GATO Y EL MILANO.

Desplumaba á una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veia,
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
--«¡Ah *verdugo*!,»-- furioso le decia.

--«¿Y tú qué eres?»--el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
y echándole las garras por respuesta,
–«¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo*?

Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
verdugos de hoy, reos serán mañana;
pues el reo de ayer, es hoy verdugo.





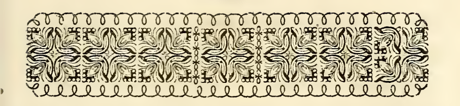
FÁBULA XXXIII.

Acusar delitos propios.

LA URRACA Y LA GALLINA.

—«¡Qué escándalo!»—en tono fiero
una gallina decia,
á una urraca que comia
las flores de un limonero.
—« ¡Que se come, jardinero,
de las de arriba á destajo!»

--« Celebro tu desparpajo. »
contestó la urraca altiva.
«¿No he de comer las de arriba,
si no has dejado una abajo?»



FÁBULA XXXIV.

No siempre el bien es fortuna.

El pájaro encarcelado.

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
porque mas no desea,

de una á otra barandilla
con voluntad sencilla
cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco esceso
en ocasion ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo á vituperio
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un dia que la puerta
vió de la jaula abierta,
llegó paso tras paso
á la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emocion estraña,
goza en la azul campaña
del estendido viento
la libertad querida,
nunca por él sentida!

De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable
que el crimen no recela;
y al mas cercano arbusto
lanzándose con gusto,
quedó á la liga en suma
presa otra vez su pluma.
¡Triste imagen del hado
fué el pájaro inocente,
pues se trocó su estado
tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
la antes prision amada;
mas nunca la alborada
volvió á encomiar su pecho
con su comun tonada.
—«¿Por qué con tal quebranto,»
su dueña le decia,
«mi gozo y tu alegria
no ensalzas con tu canto,

cual suceder solia?»—
Sin dar respuesta alguna,
las penas una á una,
con el dolor mas grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sin que echase de menos
los céfiros serenos,
despues que hubo probado
su esfera siempre amena,
cuando volvió á su estado,
murió el triste de pena.

¡Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,
que nos henchis, pasando,
de locas ambiciones.
¡Dejadme que tranquilo

muera en mi pobre asilo ,
pues que solo un momento
vive el mayor contento !
¿Por qué quereis que ansioso
deje mi humilde estado ,
si solo es desdichado
quien fué una vez dichoso?





FÁBULA XXXV.

La piedad bien entendida.

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

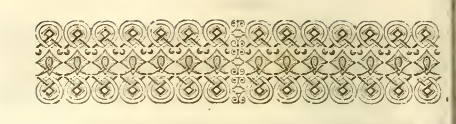
A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho con ir timas querellas:
—«¿Por qué», decia á gritos, «inhumano,
del tronco á quitar las ramas tan bellas?»

—«Córtalas, podador,» dijo el manzano, «que se me quiere encaramar por ellas.»—

El tal rapaz, que procuraba arguyo,
el bien ajeno, en beneficio suyo.







FÁBULA XXXVI.

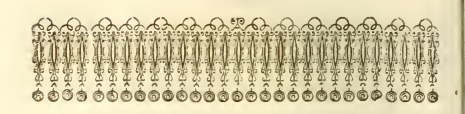
La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

Halló, al volver con otros á su tierra,
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
-«Un PONCE DE LEON aqui se encierra:
dobla al pasar la frente, oh peregrino,

y acata humilde, al que postró al destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.» —
Fija la vista en los eternos bronces,
jestos de admiracion haciendo estraños,
dijo estasiado el campesino entonces:
—«¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres PONCES,
que aqui enterré yo á un *Burro* háce dos años!»





FÁBULA XXXVII.

No hay dicha cumplida.

EL PLACER Y EL PESAR.

Al descender al mundo
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero,
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse uno al otro «compañero.»

Sucedió que un cualquiera
encontrando al placer, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

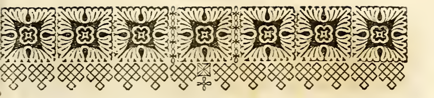
Al verse asi ultrajado,
para el mozo el *placer* pidió un castigo,
y el *pesar* decontado
de dolores cercado
voló en defensa de su flaco amigo.

—«¡De hoy nos verá la gente,»
con amor, se dijeron, sin segundo,

«juntos eternamente!»—
Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela á su sombra.





FÁBULA XXXVIII.

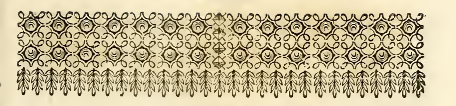
A un gran mal otro mayor.

El ruiseñor y el raton.

Clamó un raton sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
—«¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!»—
Y al alzar la vista al cielo

para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un alcon arrebatado:
—«¿Truecas conmigo tu estado?»—
Y él contestó—«*No señor.*»





FÁBULA XXXIX.

Baladronadas.

LA VID, EL OLMO Y LA YEDRA.

En continua querella,
una vid y una yedra, á un olmo asidas,
se despreciaban, de odio estremecidas,
poniéndose á su vez de *mas es ella.*
—«¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo»
dijo la vid por fin, «ya besa el cielo?;
pues si quiero subir, sin mas arrimo,

le llevo á que meriende este racimo.»
—«Pues si me subo yo,» dijo la yedra,
que solo asida de los olmos medra,
«formo un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver sino;» siguió importuna.
-«Vamos,» dijo la vid-«¡A una!» -¡«A una!»
En tono el mas sencillo,
«No, por Dios; no, por Dios;» gritó un tomillo
«que pueden sus bravuras
dejar el mundo á oscuras.»—
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:
-«Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo á los cobardes tubo,
pues sé por esperiencia
que jamas *subirán*, si yo no *subo*.



FÁBULA XL.

Glorias llovidas.

EL MASTIN Y EL CONEJO.

Por la marjen de un rio iba un conejo
huyendo de un mastin con planta esquiva,
y al verle caer al agua sin consejo,
—«¡Ya le maté!» dijo con voz altiva.

Formado de conejos un consejo:
—«Viva el héroe conejo,» esclama «viva!»—

¡Oh cuantos deben, con llovidas glorias,
á un azar del contrario sus victorias!





FÁBULA XLI.

Un bobo hace ciento.

La Mona, el Mono y el Loro.

Con la faz mas espantosa,
la mona de un mercader,
en ilusion deliciosa,
recordando cualquier cosa
reia á mas no poder.

Como un mono la veia,
que por boba la tenia,
reir solo para sí,
de ella el mono se reia
con un burlesco *ji ji.*

Un loro que al mono vió,
por loco lo tuvo ya,
y tambien de él se rió,
y sin cesar prorrumpió
en un *já já* y mas *já já.*

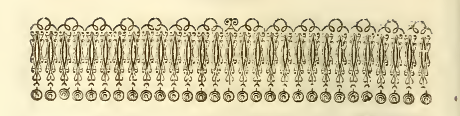
Cuando al pasar por allí
oia al simple del loro
la jente, fuera de sí
reia, diciendo á coro,
unos *já já,* otros *ji ji.*

Y aunque de bobos la hornada
ya siendo muy larga vá,
siquiera por la bobada,
conmigo la carcajada
soltad, diciendo: *¡Já! ¡já!!*



Con lo cual probar intento
que, con remedo servil,
en este mundo, y no es cuento,
así como un loco ciento,
llega un bobo á hacer cien mil.





FÁBULA XLII.

Contras de la mala fé.

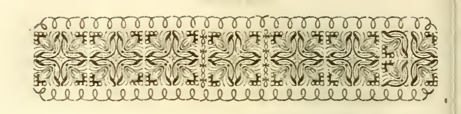
LOS DOS GORRIONES.

—«Llégame el comedero,»
díjo á un gorrion otro gorrion muy maula.
—«Pues ábreme primero,»
contestó aquel, «la puerta de la jaula.»
—«¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?»

«¿Y quién me dice á mí,» responde el preso,
«que me abrirás, si llenas el monago?»—
Y en conclusion, por si ha de ser primero
llegar el comedero,
ó correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero,
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo por Dios de tal amigo!
Y ahora direis, y bien, como yo digo:

¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones!





FÁBULAS XLIII Y XLIV.

Salvar el honor con frases.

1.ª

EL GALLO Y LA LIEBRE.

Dijo un gallo á una liebre:-«Huye, cobarde»
—«¿Cobarde yo?» la liebre respondia;
pero atisbando á un galgo nada tarde,
hasta mas no poder, cobarde huia.

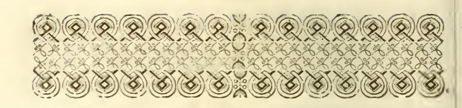
-«Espera, «dijo el gallo, «un *Dios te guarde.*
¿No llamas á eso huir, señora mia?»
Y antes que el galgo la acercase el morro,
la liebre contestó:—«No *huyo*, que *corro.*»

2.ª

LA LIEBRE Y EL GALLO.

Gritó la liebre al gallo:—«Anda, medroso.»
—«Como el Cid,» dijo el dueño del serrallo;
mas viendo no muy lejos á un raposo,
hizo una accion que por medrosa callo.
«Ten,» la liebre esclamó, «gran Cid, reposo»
-«¿Pues acaso esto es *miedo*?,» siguió el gallo.
Y al ver que se subia á un parapeto,
—«No,» le dijo la liebre, «eso es *respeto.*»





FÁBULA XLV.

Del tronco sale la rama.

EL POTRO Y LA YEGUA.

Era una yegua pia,
que sin ánimos ya para dar coces,
á un hijo que tenia,
asi le reprendia,
si no con estas, con iguales voces:

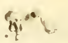
—«No des coces, ¡impio!
maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo, modera el brio:
ten presente, hijo mio,
que es mala educacion sacar la pata.»—



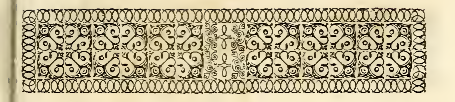
Al decir *bien* el hijo,
la saludó con singular donaire,
de puro regocijo
despues de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasion tan calva,
si los hallase en parte mas contigua,
presumo que en la salva
al lucero del alba
y á la madre, de un par me los santigua,

—«¿De quién aprenderia,»
siguió la yegua, «inclinacion tan basta?»
La zorra que la oia,
—«De nadie», la decia:
«créalo usted, vecina; *eso es la casta*.»







FÁBULA XLVI.

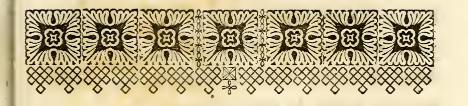
Yendo á mas, venir á menos.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

La abeja de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa

que el blason iba á ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

¡Oh qué bien con su ejemplo nos declama
lo instable del destino,
cuando al ir á ser miel la noble rama,
el pienso quedó á ser de un vil pollino!



FÁBULA XLVII.

Saber lo que no se quiere.

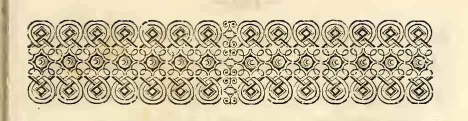
El Soldado en campaña.

Metióse Juan á soldado
por saber qué era una hazaña,
y en la primera campaña
salió del pecho lisiado.

Por la suerte que le cupo,
apuesto á que ya advertido,
diera el buen Juan lo *sabido*,
por no *saber* lo que *supo*.







FÁBULA XLVIII.

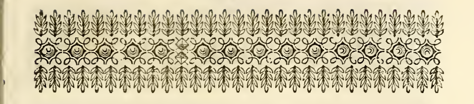
De gustos no hay nada escrito.

El Conejo, el Gallo y el Cerdo.

Cada QUISQUE *celebra, y es muy justo,*
lo que es mas de su gusto.

Por un gallo lo digo,
que de una huerta picoteando el trigo,
asi á un conejo hablaba
que, haciendo muecas, una col rumiaba:
—«¿No admiras este trigo, buen conejo,

gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de mas decoro?
como soy que parecen granos de oro.»
—«Aprension, friolera, boberia,»
el rumiador conejo respondia;
«siempre á mi noble raza mas le plugo
de tierna berza el agridulce jugo.»—
Viendo asi despreciado
su condimento amado
el gallo, incontinente
para buscar un juez mas competente,
se encaramó á las tapias de la huerta,
como vijía que se pone alerta;
y preguntó á un cochino
que acertaba á pasar por el camino:
—«Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
buen trigo y buenas berzas,
¿qué cosa te comieras, caro amigo?»—
El cerdo contestó:—«*Berzas y trigo.*»



FÁBULA XLIX.

Partidas de ruines.

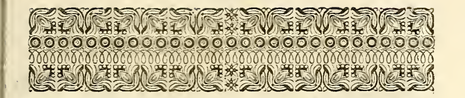
EL GALGO Y EL PODENCO.

Persiguiendo á un conejo de gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:
—«Calla, y no ladres tanto, mala raza,
que maldito sea yo, si sirves de algo.

¿A qué venimos,» prosiguió, «de caza,
si en saliendo la espantas, mal hidalgo?»—

Siempre el ruin, que seguirlo en vano intenta,
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.





FÁBULA I.

Si eres débil, sé prudente.

El Perro y la Rana.

—«Calla, maldita rana,»—
un perro desde un hato prorrumpia,
y ella *car car* y mas *car car* seguía,
como quien dice: no me da la gana.

(Esta rana, en invierno y en verano
cantaba, por decreto sobrehumano,
aunque jure algun sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno.)
—«¿Con que te sales,» dijo aquel, «del rio,
para venir á incomodarme al hato?
Por Dios que, si no hiciera tanto frio,
anoche salgo, te sorprendo y mato.»
—«*Car car car, car car car*, »siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.
—«¿Y es posible que creas, »
le contestó la vana,
«que en moviendo tú un pie, no me zambullo?
¡*Car car car*! *car car car*!!»-«Maldita seas!»
clamó el perro, siguiéndola enojado.
La rana decontado,
¡*cataplun*! se echó al rio;
mas como helado estaba por el frio,
sin concederla plazos,
sobre el hielo el mastin la hizo pedazos.

No insultes al mas fuerte,
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruido acaso,
como la rana sufrirás la muerte.





FÁBULA LI.

De pequeñas causas grandes efectos.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
y le holló con pie rudo;
y aunque oyó de mil tristes el jemido,
siguió cantando, de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos,
subióse á la montaña,
y en el chopo mas alto ayes prolijos
lanzó, exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo;
y engruesado al bajar de rama en rama,
fuése aumentando el invisible copo.

Va el jermen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien y mil, y auméntase rodando.

Cruje la mole, escasa todavia;
mas en creciente estraña,
ya un monte desatado parecia
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta cancion allá á su modo:

«¡*No hay venganza que un ruin, si está ofendido,*
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago!»



FÁBULA LII.

Descubrir la hilaza.

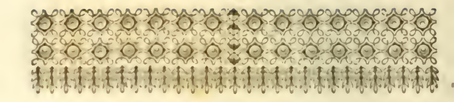
LOS ALDEANOS Y EL CAMINANTE.

Viendo á unos aldeanos
que injertaban en robles los manzanos;
—«A qué son tan ridículas misturas,»
les dijo un caminante,

«pudiendo á cada instante
comer bellotas, ó manzanas puras?
¿No echais de ver que nacerán, idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,
ya bellotas que sepan á manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas?»

Aunque en roble villano
injerteis, gran señor, algun manzano,
pese á tanta locura,
al ver sus frutos con un dejo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura
de manzano la sien, y el pie de roble.





FÁBULA LIII.

Efectos de la injusticia.

El Lugareño y el Magnate.

Un señor de calidad,
por dar, con mágia distinta,
à su vida variedad,
se iba en verano á la quinta,
y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor
la de un labrador habia,
ruin casa en que al labrador
asi el yelo le ateria,
como le asaba el calor.

Por mas de cincuenta abriles
fue casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y á la del señor desde ella
pasaban despues á miles.

Incomodado el usía,
porque al asomar el dia
los gorriones con empeño
con su *chau chau*, si dormia,
le interrumpian el sueño,

La casa del labrador
furioso sin mas arrasa.
—¿Tal sinrazon, direis, pasa?—
Era mas rico el señor,
y vino abajo la casa.



Sin casa ya los gorriones
dó anidar en los abriles,
del otro á los murallones
fueron despues, mas que á miles
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor
cantándole el aleluya,
le 'entraron en tal rencor,
que cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
á un labrador indijente.
Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.



FÁBULA LIV.

Principio y fin de las cosas.

EL LABRADOR Y LA MORERA.

PRIMERA PARTE.

Juan plantó una morera,
que todo el que á algun tiempo la veia,
con la fé mas sincera
loando sus primores, prorrumpia:

—«¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron, roedores;
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores;
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar. ¡A Dios morera!

Asi, en suertes no iguales,
llegaron, con destino bueno ó malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efijie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,

de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento.—
Mas basta de moral, y siga el cuento.

—

Segunda parte.

A mi lugar un dia
la gente se agolpó de la comarca,
dó festejar solia
la virgen que llamamos de la Barga;
santa que yo adoré, santa que aun era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro,
(bastante mal por cierto),
sin oir lo sonoro ó no sonoro,

á una vela escuché, no sin trabajo,
que decia á la santa por lo bajo:

—«¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy, hija tambien de la morera.
En mi suerte tirana,...
fuí flor, llegué á panal, y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diria,
que al ser lo que eres, lo que soy seria!»

—«Su desden me acongoja,»
dijo el vestido de la santa entonces,
«llegué á seda desde hoja,
y sus oidos para mí son bronces.
¡Nadie creeria, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!»

—«Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor,» dijo la santa;

«y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy.... ¡Ave Maria!
¿Qué hay de comun entre las tres?» seguia.

«¿No ven,» las fué diciendo,
que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblacion con noble agrado?»—
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demas oramos.
¿Mas cuál de todos será el fin? Veamos.

Tercera parte.

À la vela inflamada,
—«Llega,» dijo el vestido, «hermana mia,
y nuestra suerte airada
será asi igual hasta la tumba fria.»—
Llegó la vela el labio enrojecido,
è inflamado á su luz ardiò el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ignea rueda
seda, blandon, imájenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del ajitado viento.

¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz.... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!



ÍNDICE.

Paginas.

No hay gloria sin pena 1
El método 5
Caprichos del hado. 7
Deseos locos 9
Amar por las apariencias 13
Lecciones amargas 16
Insuficiencia de las leyes 18
Virtud y orgullo 21
La justicia en un cuento 23
El falso heroismo 25
La igualdad 28
No hay mal como un falso amigo 30
La carambola 33
Escusas necias 35
La dicha es un acaso 37
La cuna y la huesa 41
Ganar el flanco á la suerte 43
El diablo predicador 45
Un daño destruye otro 47
Placeres falsos 52
La curiosidad 54
De dos males el mas visto 56
La vida y la muerte 58
Nunca una moral nos cuadra 60
Los lindes del bien y el mal 63
Delirios del amor 65
Hacer sonar á tiempo 67
Las dos lágrimas 71

Lisonjas viles. 73
Liviandad de nuestras glorias. 75
La inocentada 77
Oficios mútuos. 79
Acusar delitos propios 81
No siempre el bien es fortuna 83
La piedad bien entendida.. 88
La muerte todo lo iguala. 90
No hay dicha cumplida. 92
A un gran mal otro mayor.. 95
Baladronadas. 97
Glorias llovidas. 99
Un bobo hace ciento. 101
Contras de la mala fé. 104
Salvar el honor con frases 106
Del tronco sale la rama. 108
Yendo á mas venir á menos. 111
Saber lo que no se quiere. 113
De gustos no hay nada escrito 115
Partidas de ruines. 117
Si eres débil, sé prudente 119
De pequeñas causas grandes efectos. 122
Descubrir la hilaza 126
Efectos de la injusticia 128
Principio y fin de las cosas 132



Se vende á 6 rs en el almacen de papel de D. Victoriano Hernando, calle del Arenal n.° 11 donde se dirigirán los pedidos de las provincias.